

El desarme.

(*"Vida Nueva"*, Madrid, 25 setiembre 1898)

1531 1

15.3/81

441

# El desarme



La generosa iniciativa del Czar Nicolás al pedir el desarme ha provocado en toda Europa protestas de simpatía á la vez que de desconfianza. Alábase el sentimiento que aparentemente la dicta y se rebuscan sus móviles secretos, porque no cabe que sea exclusivamente el espíritu cristiano el que mueva al jefe de una nación que se dice cristiana, ni pueden impulsar sentimientos humanitarios á quien manda sobre una parte del género humano. El «No matarás!», como el «Ama á tu prójimo como á ti mismo», no se nos dieron para que los cumpliésemos á la letra, sino para edificarnos con la sublimidad de su contenido. Tal es la doctrina sensata, quiero decir burguesa, opuesta á la de los utopistas, gente peligrosa que no hace sino zappar los fundamentos del orden social.

Los eguismos nacionales, aun más ciegos y más dañinos que los individuales, se ponen ya en guardia contra la proposición del Czar, es decir, que se preparan á impedir á todo trance el desarme los tácticos sindicatos del capitalismo burgués que llamamos naciones. Austria, la nación más artificial, la menos patria, fué la que en otra ocasión más se opuso á análoga idea, y hoy Francia, la estúpida Francia de Rochefort, Drumond, Déroulède y compañía, pregunta: «¿Y Alsacia?» No faltará aquí quien imite esta simpleza diciendo: «¿Y Cuba?»

Para juzgar de la iniciativa de Nicolás y de sus posibles consecuencias, es preciso llegar á la raíz misma de la paz armada, que es, como la de la guerra, raíz económica. Cuando los bárbaros invadieron el Imperio Romano fué en busca de sitio en que vivir, empujados por otros é impelidos por la necesidad, ya que su número crecía en su anterior asiento en mayores proporciones que los medios de vivir en él. Mas hoy los que sobran en su propio país emigran tranquilamente al extranjero. Los Estados-Unidos están llenos de irlandeses,



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S



alemanes, suecos...; la Argentina de españoles, alemanes, italianos... No son los trabajadores quienes piden conquistas y anexiones al territorio patrio, ya que un obrero alemán vive en Norte-América tan bien ó mejor que en su propio país. Es el capital quien las pide; es la industria burguesa la que necesita mercados protegidos por leyes y armas, la que vive de Aduanas, monopolios y privilegios. Para el español que emigra sin más capital que sus brazos, lo mismo será Cuba en adelante que ha sido hasta hace poco, y aun mejor tal vez, como le es lo mismo el Brasil, la Argentina ó Argel que tierra española. Mas no es así para la industria española, que vive al amparo del proteccionismo; no era así para los que traían trigo norte-americano á la Península, lo molían y llevaban la harina á Cuba, cobrando una más que regular maquila.

Para sostener todo ésto son los grandes ejércitos y es la paz armada, institución general del proteccionismo, y ambas necesarias al régimen del capitalismo burgues, por fuerza agresivo y guerrero. *Made in Germany*, tal debia ser el lema que figurase en las banderas del ejército alemán. Todos los soldados son carabineros para impedir el matute internacional; fuerzas auxiliares de los viajeros de comercio.

La paz armada es una institución económica y su principal objeto estriba en mantener la propiedad de los medios productivos en manos de una clase y en perjuicio de la sociedad en general.

Hay en la circular del Czar un párrafo en que se hace constar que las cargas financieras que la paz armada provoca, siguen en marcha ascendente, afectando á la prosperidad pública en la fuente donde nace; y que las fuerzas intelectuales y físicas de los pueblos, el trabajo y el capital se ven, en su mayor parte, separados de su natural aplicación, consumiéndose de manera improductiva.

En esto ultimo, precisamente, en que se consume improductivamente una gran masa del ahorro social está el secreto capitalístico-burgués de la paz armada. Si todas esas fuerzas se empleasen productivamente, como los ahorros crecieran en





mayor proporción que la población, iría aumentando la demanda de trabajo, subiendo con ello el salario y bajando el interés. Tendería el interés á cero, al punto aquel á que creo se ha de llegar al cabo, en que no los hombres, sino la fuerza de las cosas mismas, el proceso económico, expropié hecho á los meros capitalistas, y no pueda vivir del violín quien no lo toque porque no encontrará quien se lo tome en alquiler.

Las crisis económicas suelen ser debidas, sobre todo — como lo ha demostrado muy bien Hobson, — más que á sobre-producción ni sobre-consumo, á sobre-ahorro, á *exceso* de ahorro desde el punto de vista del burgués, á una acumulación tal de ahorro social que, empleado productivamente, provocaría una baja en el interés que disminuiría lo que por interés se cobra. Porque es sabido que si suponemos un capital social creciente con una proporcional baja en el interés hay un período en que á la baja del interés acompaña aumento de lo que por intereses se cobra, dado que 10.000 al 8 por 100 produce menos que 20.000 al 7 y ésto menos que 30.000 al 6; pero llega un punto crítico en que la relación se invierte acompañando á toda baja en el interés una mengua en los dividendos, puesto que 60.000 al 3 produce más que 70.000 al 2 y ésto más que 80.000 al 1. Es lo que constituye los complicados problemas de máximos y mínimos.

Cuando se llega al punto crítico—dada una ley de la población—en que todo aumento en el empleo productivo del capital amengüe las ganancias de los capitalistas aunque beneficie á la sociedad en general, entonces se procura verter ese aumento improductivamente. Entonces surgen los más desatinados lujos y los más exquisitos refinamientos más ó menos esteticistas; entonces crece el número de lacayos, y los bufones y todo género de *improductivos* y entonces es cuando se impone la paz armada que á la par que distrae capitales y brazos impidiendo la baja del interés, protege la invasión del capitalismo en nuevos mercados.







Los Estados- Unidos, la tierra de promisión del trabajo mientras hubo en ella suficiente tierra libre disponible, ha entrado en el régimen industrial burgués. Con él ha muerto de hecho la democracia cantada por Laboulaye y Tocqueville, convirtiéndose en un gran *trust*, en un vasto sindicato de capitalistas que sueña como el del viejo Cartago, en la conquista por la fuerza del mercado universal. En este momento histórico, cuando la República de los *trusts* se revela como burguesa, es cuando el jefe de la Santa Rusia, del pueblo del *mir*, pide el desarme en aras del progreso. La proposición va derecha al corazón de la burguesía que ha cantado en todos los tonos la ley de la lucha por la vida, de la burguesía malthusiana, adoradora de Napoleón, de esa burguesía cuya última y más acabada expresión filosófica ha dado Nietzsche, el apóstol del anarquismo burgués, anti-social y repugnante.

La filosofía, la ciencia, el arte mismo que de la organización burguesa brotan son productos de ella, de ese industrialismo á que sirven muchos de los que de él reniegan, todos esos espíritus archi-exquisitos que se alimentan de belleza pura y sienten ascos de damisela junto al pueblo que pide pan, junto á ese pueblo grosero, falto de sensibilidad artística, y que tiene las manos tan torpes que no sabe manejar un bibelote sin romperlo ó mancharlo. Todos esos *distinguidos* y refinados invocan la selección y serían seleccionados por cualquier viento sano, oxigenado, viento de campo libre, que como á inútiles monigotes los barrería en bien de la cultura y del arte mismo. El desarme los desarmaría al cabo.

El desarme sería el triunfo del socialismo internacional, único que, hoy por hoy, puede cimentar con la paz de los pueblos la cultura humana.

MIGUEL DE UNAMUNO.

